

EL CORREO DE CADIZ

Número suelto, 5 céntimos

EDICION DE LA MAÑANA

Suscripción y anuncio, 4.ª plana

AÑO IV.—NÚMERO 1.160

Redacción, Administración e Imprenta: Calle Marqués del Real Tesoro, 8.
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES TELÉFONO NÚMERO 89

VIERNES SANTO.—5 ABRIL 1912

ANSIA DE DOLORES

El dolor no procede de Dios ni puede ser contado en el número de las obras divinas. El primer hombre, en el estado de gracia, estuvo sometido al trabajo pero no al dolor. Para Adán, el cumplir su tarea cotidiana, era como celebrar una fiesta cada día: el merecimiento brotaba tan espontáneamente de sus obras, como de las ramas del árbol el fruto; levantábase á Dios como quien se desliza por suave pendiente, ó como quien sigue en ligera barquilla la corriente de manso río entre márgenes de flores. El dolor pues, es obra exclusiva de las criaturas é inevitable consecuencia de haberse ellas mudado violando la ley de Dios; este y no otro es el origen de nuestros dolores. La filosofía pagana así como no supo explicarse el enigma del dolor, tampoco pudo ofrecer á la humanidad remedio que lo dulcificara. Solo el Salvador divino pudo y quiso traernos de las alturas el bálsamo consolador que calma y dignifica las torturas de la raza de Adán, doliente en su cuerpo y en su espíritu, haciendo de su cruz escala para el cielo. No satisfecho con poner la virtud de su gracia en nuestros dolores, quiso ponerse á sí propio en ellos personal y sustancialmente, hospedándose con la plenitud de su divinidad en la triste mansión de nuestras aflicciones y haciéndolo tan de veras que con toda verdad pudiera decirse: Dios padece, Dios gime, Dios es escarnecido, Dios agoniza y muere. Desde entonces, pues, habita Dios en las regiones del dolor humano disipando con el destello de sus mortales angustias las negras nubes que ocultaban el mérito del padecer y como valeroso capitán, animando á sus seguidores, sea cual fuere en este mundo el exceso de sus penas, arengándolos en lo más recio de la lucha y diciéndoles constantemente: ¡Mirad y ved si hay alguno de vuestros dolores que pueda ser comparado al dolor mío! La Pasión sagrada de Cristo tuvo infinita eficacia satisfactoria ante la divina justicia ofendida; pero la bondad suma quiso además comunicar á nuestros sufrimientos parte de aquella virtud y desde entonces, el dolor humano quedó enaltecido y santificado; sus hieles amargas trocáronse en panal de inefables dulzuras para los amadores de la Cruz, que condensan sus más vehementes aspiraciones en esta exclamación que, los hombres del siglo califica de delirante: ¡O padecer, ó morir!

Manuel FLÓREZ.

LAS SIETE PALABRAS

«Padre, perdónalos: por que no saben lo que hacen.»

«Hombres altaneros y rencorosos, vosotros los que sentís en vuestras venas el hervor de la ira y en vuestro pecho el estallido de la cólera por un agravio, quizá indeliberado y excusable de vuestro hermano, vosotros los que con ceño siempre adusto jamás toleráis una flaqueza de vuestro prójimo, venid!

Cátedra de enseñanza es esa Cruz afianzada entre las penas del Gólgota, alzada á los cuatro vientos, donde muere, víctima de la ingratitud de un pueblo, Jesús, el Maestro Divino, manso y humilde de corazón.

¿No le conocéis?
Seguido por las muchedumbres ansiosas de escuchar su doctrina, que cae sobre las almas sedientas de verdad como las aguas de otoño sobre la tierra agostada por los calores del estío, cruzó los valles y las montañas de Judea practicando el bien, teniendo para todos palabras de bendición y consuelo, con espíritu inflamado en llamas de caridad inmensa hasta el punto de ordenar á sus discípulos que amaran y bendijeran á sus propios enemigos.

Testigos hay que proclaman haber visto al eco poderoso de su voz, las olas del Tiberidas tersas, como el cristal, para sostener sus plantas; brillar la luz con sus colores en las retinas de los ciegos; andar tullidos y paratéticos; brotar himnos de gratitud de la lengua de los mudos; reanimarse y surgir de sus sepulcros cadáveres ya hediondos; pero todos estos prodigios sólo han servido de pruebas de acusación, y el tribunal inicuo que le juzgaba le ha declarado reo de muerte: *Reus est mortis.*

¿Veis? El populacho, ebrio de ira, que ha flagelado ya sus espaldas, y desgarrado sus sienes, y abofeteado sus mejillas, y le ha obligado á cargar sobre sus hombros el propio patíbulo, gira y vocifera sobre la cumbre de la montaña, al rededor de la Cruz, como bestia rugiente aun no harta de sangre.

Y mientras los verdugos impiacables, mirándole de hito en hito, le lanzan al rostro injurias sobre injurias con horrible sarcasmo, oíd, oíd las quejas que parecen desprenderse de los labios, trémulos por la agonía,



Nra. Señora de la Soledad, que se venera en la Iglesia de S. Agustín

del Crucificado: «¡Hombre ingrato, hechura de mis manos, ¿qué mal te he hecho? Yo te colmé de beneficios y tú me subes á una Cruz; yo te di el vellón del cordero y el lino del campo para cubrir tu desnudez y tú sortees mis vestidos y me despojas; yo hice saltar de las rocas hilos de agua pura y suspendí del árbol frutos que rebosan mieles para recreo de tus labios, y tú derramas en los mios hiel y vinagre; yo sembré tus caminos de rosas y tú cortas y reservas las espinas para taladrar mi frente; yo guardé en las entrañas del monte ricos tesoros para tu dicha y holgura, y tú forjas de ellos clavos crueles que atarazan mis manos! ¡Oh pueblo, pueblo mío! ¿qué mal te he hecho?»

Jesús ha vuelto sus ojos hacia el cielo. ¡Ah! ¿por qué temblais? ¿presentís ya sobre vuestra frente el rayo de la indignación divina? ¿teméis el golpe que ha de descargar sobre vosotros el brazo justiciero del Dios de las venganzas? ¿os acordáis de Cain... del valle de Pentápolis... del pueblo murmurador?»

¡Oh! Esperad, que el Justo, desnudo y acardenalado por las manos de los hombres, befo y escarnecido por los labios de los hombres, impetree de la Justicia del Cielo la sentencia sobre sus verdugos.

Ved, ya clama con voz llena de infinita confianza: «¡Padre, perdónalos!»

«¿Oísteis, corazones mezquinos? ¡Es la venganza de un Dios! ¡Ved ahora, hombres ruines, hijos del barro, si podréis sufrir con paciencia las flaquezas de vuestro prójimo!»

Victorio MOLINA.

«En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso.»

...Una ráfaga de arrepentimiento sacude la cruz donde un criminal pena á la vera del Santo moribundo, como escarnecedor ultraje que infiere la humanidad al Dios que la redime. Cuando la excelsa gracia conmueve aquel pecho duro, algunas lágrimas se rompen bajo los párpados del delincuente, que en el temblor de un rezo, murmura:
—Señor, acuérdate de mi cuando estuviere en tu reino...

No es menester más. El Rey de todos los reyes, perdona y perdona con absolución tan providente, que en aquel mismo instante supremo, premia la contrición del arrepentido. De la sagrada vida que se extingue, un blando soplo acude á los labios de Jesús, y un suspiro empapado de piedad y esperanzas, un acento serafico que todavía repete como promesa de salvación en la ansiedad de los agonizantes, responde:
—Hoy serás conmigo en el Paraíso...

No hay palabras en el lenguaje humano que basten para glosar este rasgo divino de

cuerpo para que lo lavase con sus lágrimas y cerrase con sus besos sus heridas.

María, á su vez, ha cumplido fielmente los oficios de esta maternidad con el mundo y, por sí misma y de modo directo, en sus diversas apariciones, ó por medio de preclaras mujeres que nos recuerdan aquellas heroínas del pueblo de Israel, ha guiado los pasos de la Humanidad y velado su sueño y coronado sus triunfos con esplendores de Cielo.

Testigo la historia que nos presenta á Elena descubriendo la Cruz del Redentor, á la emperatriz Teodora, alma del Catolicismo en Oriente, á Santa Matilde, sosten del Solio de Gregorio VII, á Isabel la Católica protegiendo á Colón, á Teresa de Jesús llevando almas al Cielo, á Juana de Arco salvando la Francia, á Luisa Marillac fundando la Institución de Hijas de la Caridad.

¡Alégrate, mundo-redimido por la Sangre de Cristo, reconoce el honor de maternidad tan excelsa y repite llena de gratitud aquellas palabras del libro de la Sabiduría «Venerunt mihi omnia bona pascer cum illa.» Con María han llovido sobre mí todos los bienes!

Antonio GARCÍA COSANO.

«Dios mío, ¿Dios mío! ¿Por qué me has abandonado!»

«ELI, ELI, LAMA SABACTHANI.»
Esta voz clamó Jesucristo desde la Cruz, como si el silencio conque coronó constante su paciencia durante todo el inicuo proceso de su Pasión inflame, no fuese ya más de sazón, y hubiese por fin de ser róto con el grito más desgarrador que pudo resonar jamás sobre la tierra, convertida por la culpa de nuestros primeros Padres en el Paraíso, en un valle de lágrimas.

«ELI, ELI, LAMA SABACTHANI.»
Esto es: ¡Dios Mío! ¡Dios Mío! Por qué me has abandonado!

«¿Cómo! ¿Qué es esto! ¿Dios mío! ¿Dios ha desamparado á Dios? ¿El Padre ha desamparado al Hijo? ¿El Ser ha desamparado al Verbo? ¿El Verbo ha desamparado al Hombre con quien está tan indisolublemente unido?»

«Es, pues, que el Misterio fundamental de la Encarnación se ha deshecho, malográndose la Redención con todos sus inefables efectos en todos los órdenes de la Naturaleza y de la Gracia, en todas las anticipaciones del Pasado, en todas las realidades del Presente y en todas las esperanzas del Porvenir?»

No.

Es precisamente lo contrario.

Es la ostentación histórica, solemne, y definitiva de la Justicia y de la Misericordia de Dios que evidencia á los ojos de la Tierra y del Cielo en los Orbes, la maldad moral del Pecado, el odio conque le aborrece la bondad infinita de Dios, el rigor conque le castiga su inexorable Justicia en la Divina Persona de su Único Hijo, y al propio tiempo lo inconmensurable del amor de Dios á los hombres, cuyos pecados toma y pone generosamente sobre los hombros de ese hijo para castigarlos en sus espaldas inocentes hasta el extremo de coronar sus inenarrables suplicios con el desamparo total y el abandono absoluto de todos los efectos divinos de la Divina Naturaleza y de todos los efectos sobrenaturales de la Naturaleza Humana glorificada para que quedase abierta y franca la puerta de las Potencias sensitivas de su alma y de todos los miembros de su cuerpo á las invasiones furiosas de todos los estremados rigores de los dolores más acerbos que por virtud de la unión hipostática de ambas Naturalezas habían de reconcentrarse como en la cúspide de un centro en la unidad de su Persona Divina de modo que padeciendo por meritos de su obediente voluntad la Naturaleza Humana pasible pudiera merecer por su unión con la impasible y la gloriosa Naturaleza Divina, con todo el alcance infinito que supondrían, si fuese divinamente posibles, los merecimientos de Dios!

«Hoy serás conmigo en el Paraíso...»

Concha ESPINA DE SERNA.

«Hé ahí tu Madre»

No podía faltar en el Calvario la sublime nota de delicadeza y ternura que presta la mujer, cuando es buena, á todo asunto en que ella interviene. Los horrores del Gólgota el día de Pasceres debían ser mitigados, en algún tanto, por la presencia suave de una Mujer, perfecta y santísima que fuese digna de asistir y administrar, cual sacerdote, en aquella Ara Santa de la Cruz; fuerte, cual Salomón en espíritu profético la había anunciado, para poder resistir aquella horrenda escena de dolor; tierna y amantísima como Madre, y Madre del Dios-Hombre para ejercer allí su benéfico influjo con la autoridad que compete á este título augustísimo, que no puede pronunciarse sin que los ojos se humedezcan, ni escribirse sino con letra mayúscula y entre signos de admiración, ni pensarse siquiera sin que el corazón humano deje de estremecerse de emoción.

Al Calvario asiste María para recibir aquel solemne legado de Jesús por el cual ella es constituida en Madre de la Humanidad por El redimida, para que ésta en punto á la gracia, no menos que en el físico, abra los ojos á la luz del Cielo en medio de las angustias, de las caricias y de las lágrimas de una madre benditísima.

La Humanidad, así favorecida por Jesús paciente, por medio de sus más conspicuos miembros, que son los santos, ha procurado pagar este legado de amor siendo hija cariñosa de María, obedeciéndola, pues que Cristo á Ella estuvo sujeto; poniendo toda su confianza en Aquella que en sus manos salvó á Jesús de la persecución de Herodes; dedicando sus primeras obras con cariño á La que con sus súplicas dió ocasión al primer milagro de Jesús en las bodas de Caná; no olvidando en los días de gloria á la mujer singular en cuyo seno aceptó el Dios Niño los sencillos dones de los pastores y el oro é incienso de los Reyes del Oriente; teniéndola á su lado en la postrera agonía y encomendándola su espíritu como Jesús le encomendó su

PERSONAJES DE LA PASIÓN

LA VERÓNICA

Por la ríspida calle de "La Amargura" que es para El la escala de lo infinito, vé Jesús con la piel que le procura más que la cruz que es trono de su ternura, el infame rasguño de mi delirio.

Celebran sus caídas con careajadas los judíos de innobles caras odiosas. Nadie responde al beso de sus mi adas; sólo, al roce sangriento de sus pisadas, las piedras del camino se vuelven rosas.

¿Cómo el sol no vomita flechas de lumbre al ver sobre su Due o tan bajo yugo? ¿Cómo no me atormenta mi podredumbre, si pagué con de-precios la mansedumbre de un Dios que dá la vida por su verdugo?

Al fin un alma noble llora las penas del Rey de las alturas, hecho Cordero para poder librarse de sus cadenas. ¡Alma feliz! pues sabe que a manos llenas le ofrece libertades su Prisionero.

Es mujer, pero el brio de su entereza, puede mas que la furia de los sayones, y cruz por sus filax con entereza; llega á Jesús, le mira, vé su cabeza con la piel tinta en sangre y hecha girones.

Y sin hablar su lengua, que harto elocuente es el llanto ardoroso que el pecho brota, le pasa un lienzo blanco sobre la frente, y a teñirse en su rostro, se hace un torrente de agua y sangre la nieve del li-nzo, rota.

La Verónica gime; Jesús se apiada y premia su consueo dulce y sedante; que en sus ojos mojados, deja grabada la caricia apacible de su mirada, y en su li-nzo la estampa de su semblante.

¡Padre! arrima tu frente junto a mis labios! ¡Deja que con mis besos te arranque espinas y el amargor endu ce de tus agravios! ¡No me niegues por cu pa de mis resabios! ¡El placer que gustaron las golondrinas!

La Verónica es santa porque ha sabido con lágrimas del alma llamarle: ¡padre! ¡Yo también tengo el pecho de amor transido! ¡Perdón, Padre amor-sol, yo te lo pido por los besos que en vida te dió tu madre!

Y ya que mis lamentos piadosos tomas, ¡graba también tu imagen en mis entra as! y en mi pecho, sediento de tus aromas, pón tu nido, lo mismo que las palomas en los áridos riscos de las montañas.

José Antonio BALBONTIN.

SAN PEDRO

El apóstol San Pedro es una de las primeras figuras en el sangriento drama de la Pasión de Cristo. Fue el hombre que amó á Jesús con más ardor y á quien, premiando ese amor, hizo Dios Piedra inmovible de su Iglesia. El estudio de la persona de Pedro es altamente instructivo. Parece que el Salvador quiso dejarnos en él la medida de nuestra miseria y la altura de su divina misericordia.

En toda la historia evangélica, Pedro es el predilecto discípulo del Señor para cuantas empresas toma el divino Maestro. Le escoge para que sea el único que hable en el Tabor; le equi para consigo en el pago del tributo al César; honra su casa primero que las de sus otros apóstoles, haciendo en ella un prodigio; conversa con él con más frecuencia é intimidad que con los demás discípulos; recibe su confesión y le premia, con el primado de la Iglesia, dándole las llaves del cielo; camina con él sobre las ondas del mar, le dispensa en fin todos los cariños de su divino magisterio, asegurándole que ora por él el Padre celestial.

Pedro á la vez procura hacerse digno de tantas muestras de predilección. Defiende á su Maestro de palabra y de obra, siempre que la ocasión se presenta; le atrae muchos discípulos; lo abandona todo por él y como que tiene esto á grandísima honra; ama á Cristo en forma que protesta contra el traidor Judas y dice resuelto que, si es preciso, él morirá antes que abandonar á su Maestro.

Y sin embargo, Pedro es el único apóstol fiel que cae en el abismo de la culpa, como Jesús se lo tenía profetizado. Por miedo á que le envolvieran en el proceso de su Maestro, jura y perjura que no le conoce ni quiere conocerle! Qué cierto es que el hombre, de propia cosecha es capaz de todo lo malo! ¡Qué evidente, que para levantarse del pecado sólo tiene eficaz un medio: la moción de Dios! Esta no se niega, dice Santo Tomás, á los que no abusan de las fuentes de la gracia. Caer es de hombres; perseverar en la culpa, de demonios.

Pedro oyó cantar al gallo y no se convirtió; le miró Jesús, dice S. Lucas, y sólo entonces, saliendo de en medio de aquella chusma de enemigos de Dios, lloró amargamente su pecado. Y fué tan sincero su llanto, tan firme su vuelta al bien que, sin perder nada de su carácter impetuoso, sin mudar nada más que su voluntad débil, mereció que Jesús le visitara resucitado primero que á los demás apóstoles y le confirmara la supremacía de la Iglesia.

Los hombres despreocupados de nuestra sociedad imitan á Pedro en su caída; pero no, ni pueden, en su arrepentimiento. Y no pueden, porque Dios no echa sobre ellos su mirada, y no la echa, porque viven despreciando las únicas fuentes de la gracia que él ha establecido, para reparar al hombre. Esas fuentes son los Sacramentos de la ley evangélica; y mal pueden nuestros hombres apreciarlos, cuando viven en un criminal desprecio de la Iglesia Católica, única dueña de los Sacramentos. Por eso vemos tantos renegados, que no obstante las múltiples ma-

nifestaciones de la verdad divina, siguen en su vida de obstinados y endurecidos. Pedro se levantó para no caer jamás; ellos caen, sin que jamás piensen en levantarse. La Pasión del Señor, eso de un Dios hombre muerto sobre la Cruz para dar vida á los hombres, es para el hombre carnal, increíble, consejos que no merecen los honores de escucharse. Sin embargo, añade S. Pablo, para los que son justos y virtuosos y caminan por la senda de la verdad, esas cosas son la virtud y el poder y la misericordia de Dios.

Fr. I. G. SEMPETE, O. P.

El Buen Ladrón

En lo alto de la cruz clamó de Gestas la dura voz implorante: "¿Cómo tu gran poder no manifiestas?" "¿Si eres Hijo de Dios, como protestas, cese nuestro sufrir y tu agonía?" Con triste faz y dolorido acento el Buen Ladrón le ataja: "¿Gestas, purgando est en el tormento, y ni aun así se humilla el pensamiento ni tu frente se baja?... No te inspira dolor ver arrastrado cual res al sacrificio, al Justo que sin culpa condenado, por hierros traspasado perece en el más vil de los suplicios? Lechos de flores son, blandos cojines estas cruces que elevan los humanos, para purgar ofensas de carnes; más no se erizan del león las crines viendo en ella á Jesús, por nuestras manos? Esos hierros y espinas se los clavaron diestras pecadoras en sus carnes divinas... ¿Se or, Se or! y á la piedad te inclinas y aun por tu ofensor al Padre imploras?... ¿Se or, yo creo en tí! Creo y proclamo que aun más que mi maldad grande es tu aliento! Tú me has de perdonar, porque te amo! Mira la contrición con que te llamo y llévame á gozar de tu Grandeza!"

Emma CALDERÓN y DE GÁLVEZ. Cádiz 1912.

JUDAS

Amontonad todas las tinieblas que pueden ensombrecer el alma del hombre: acumulad en el fondo de ésta todas las iniquidades, todas las pérdidas, todas las repugnancias, y tendréis al ingrato, al perverso entre los perversos, al traidor.

Las grandes pasiones que conturban la vida del espíritu, estudiadas en su individualidad, no constituyen materia suficiente para conceder el máximo de la odiosidad al ser humano: la soberbia puede tener su explicación: la avaricia quizás se justifique, y así de otros vicios y de otras dolencias morales: para ser traidor hay que padecerlas todas, hay que destruir del tristísimo privilegio de acaparar cuanto de infame pueda concebir la mente. ¿La traición! ¿Cabe mayor castigo en el orden de los sentimientos? ¿Cabe mayor contradicción en el terreno de la lógica? Nubes de sangre pone la ira en los ojos del hombre ofendido, y ya ciego, mata. ¿Pero qué sombras han podido ocultar los resplandores de la bondad en el espíritu del que solo recibió bienes, y paga con ingratitudes?

Efluvios de amor humano, grande aunque imperfecto, se escapan de un corazón para llegar hasta otro y compensarse con él en convivencia gratísima; y el hombre piensa: me ama esa mujer; me quiere ese amigo: me respeta y ayuda: quien mi pan come y bajo mi techo se alberga y se desbordan sus sentimientos de ternura y se entrega confiadamente á la dulce ilusión de ver pagado su afecto....

Pero ¡no! el espejismo se deshace: la leyenda amorosa se borra: el afecto del amor se traduce en punalada arterial: la humildad del servidor era artificio para ganar la confianza del incauto y herirlo mejor sobre seguro: ¡es la abrumadora pesadumbre de la traición que cae sobre la vida para triturarla, para recordarnos quizás que hay algo sobre nuestras cabezas, y allí está la Verdad, que no traiciona!

Esto, en el orden de lo humano: pensemos en el acrecimiento de esas circunstancias cuando elevamos nuestras consideraciones á una superior esfera. El Justo entre los justos, el Divino Jesús acoje en su seno como á discípulo amado á Judas; le da con sus enseñanzas, su cariño de Padre, de Maestro; y el discípulo ingrato, el torvo criminal que no ofrece en su rostro más luz que la del reflejo celestial de la mirada dulcísima de Cristo que aun le ama, que le ama siempre, forja en su mente el plan de la traición: pero cobarde y misero, no acusa en sus palabras el odio que siente, ni agresivo é impetuoso insulta y amenaza: no; para que la víctima no recele, para que caiga en el engaño y sucumba en la confianza, se acerca al Maestro y lo besa....

Los cielos debieron estremecerse al sonar de aquel beso. La naturaleza toda debió sufrir la conmoción angustiosa que experimenta cuando á las caricias fecundantes del sol, responde el mar con sus bramidos y la tierra con sus convulsiones.

En el drama de la Sagrada Pasión, hay una luz muy alta: la Cruz: desde ella el hombre azuda fuertemente á su santo madeiro pasea la vista por las miserias del mundo; y allá abajo, en lo más hondo de la sima que se abre á los pies de los mismos mortales, se arrastra algo deforme y terrible.

¡Es la traición que serpentea por la tierra, porque la rechazan hasta los infiernos!

Joaquín NAVARRO.

Abril de 1912.

gen, la sostiene y la alientan... después el Consumatum de la Cruz, tendrá ecos eternos en el reino de la gloria.

Si se han cumplido los designios de Dios sobre el mundo y sobre las almas.

Fray Angel ORTEGA, O. M.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»

Tal fué lo último que dijo nuestro Señor en la Cruz, según el Evangelio de San Lucas. «Era ya casi la hora de sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona; oscureció el sol, y el velo del Templo rasgóse por medio; y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y, diciendo esto, espiró.» San Juan refiere que, después de tomar el vinagre, dijo: Consumado es, é, inclinando la cabeza, dió el espíritu. San Mateo no puntualiza cuales fueron sus últimas palabras, expresando sólo que clamó con grande voz, circunstancia que tampoco omite San Marcos.

La unanimidad de los sinópticos en este punto acredita lo profundamente que impresionó á todos los discípulos aquella fortaleza de Jesús en sus momentos posteriores, y el alto y misterioso significado que se le reconoció desde luego; la ocasión era naturalmente para desmayo y abatimiento profundo; el Hijo del hombre, substraído á esta ley natural, enseñaba desde lo alto de la Cruz que era verdaderamente Hijo de Dios, que no moría porque le habían matado, sino porque se había ofrecido El al sacrificio, y aceptado por un acto libérrimo de su voluntad soberana, que hubiese podido no morir, bajar de la Cruz, librarse de todos sus tormentos, triunfar instantáneamente de sus enemigos.

Más á la vez que proclamaba de aquel modo su incomprendible Divinidad, en el mismo acto, pronunciaba palabras que no dejaban ninguna duda de la realidad de su sagrada Humanidad. Encomendar á Dios su espíritu, era enseñar que su espíritu era humano, y humano su cuerpo, y que, conforme á la ley natural, el espíritu suyo iba á separarse del cuerpo por la muerte, y que, como hombre y por ende, criatura de Dios, á Dios debía encomendarse, y ponerse en sus manos por un acto libre de su humana voluntad. Jesús llama á Dios Padre sin duda para dejar bien establecido que hablaba entonces como Hijo de Dios, y Dios El, y también como Hombre, descendiente de Adán y de David, con un cuerpo y un alma iguales en naturaleza á los nuestros; era un Hombre, como todos los hombres, que iba á morir, y que se encomendaba fervorosamente á Dios Padre, en el instante crítico de su fallecimiento.

En pocos pasajes del Evangelio aparecen con tanta claridad como en este la distinción real entre la Divinidad y la Humanidad en la Persona de nuestro Señor Jesucristo, y en no menos real unión, cosas ambas de todo punto inaccesibles á nuestra razón, y que aceptamos con el lenguaje de una fe sencilla y de una voluntad obediente. En ambas estriba el misterio del Cristo, de que habló San Pablo, y que no ha de sernos revelado en este mundo.

Pero de esas sombras, henchidas de silencio y majestad, en que se abisma, sin entender nuestro entendimiento, irrada una luz como divina, intensa y suave, que ilumina el misterio de nuestra propia vida. ¿Cómo hemos de comprender el Misterio de la Humanidad de Cristo, y el más alto todavía de la unión de esta Humanidad con la Divinidad, si nuestro propio ser humano es para nosotros un indescifrable misterio? Yo pienso luego soy, decimos con el filósofo; más ¿quién es, que es el ser que en mí piensa y existe? Nos sentimos ligados con la naturaleza que nos rodea, sometidos á su influencia, dominados por ella. ¿Cuántas veces, fatigados y hastiados de todo lo que se llama placer en la vida, cruzaron por nuestra mente desilusionada las terribles reflexiones de aquel Rey de Jerusalem que fué más grande, más rico, más sabio y más dichoso de cuantos habían sido antes que él. «Una es la muerte de los hombres y de las bestias, é igual la condición de unos y de otras; como muere el hombre, mueren éstas; del mismo modo respiran, y nada tiene el hombre más que la bestia; todo está sujeto á vanidad; todas las cosas caminan al mismo punto; de tierra son hechas, y en tierra se vuelven al cabo. ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán ascenderá á la cumbre, y si el espíritu de las bestias descenderá al abismo?»

No, humanamente, racionalmente, no se sabe. Un angustiosísimo interrogante que parece burlarse de nosotros con su faz de esfinge, siniestramente impasible, nos cierra todos los horizontes de la vida; él cubre con vapores azulados, bellísimos pero ilusorios, la negrura de los espacios inconmensurables, á que ni la imaginación puede fingir un límite; él se imprime sobre la faz amarilla y rígida de los cadáveres, y habla con una soberana elocuencia que no entendemos por los ojos sin ojos y por la boca sin boca de las horribles calaveras; él baña de un tinte sombrío de fría desesperación el dolor que nos causa la muerte de los seres queridos; él, finalmente, anida en nuestra propia conciencia, tapando con el velo de la forma sensible y orgánica del cerebro la naturaleza del misteriosísimo ser que del cerebro se sirve, como un músico de su instrumento. Y á ese interrogante no han contestado jamás ni los filósofos á la antigüedad con sus elucubraciones racionales, ni los psicólogos á la moderna con sus experimentos de laboratorio.

Pero Jesús, desde lo alto de la Cruz, en el momento sublime de su muerte, dando una gran voz para que lo oigamos todos, los circunstantes y los ausentes, los contemporáneos y los venideros, nos ha revelado el Misterio. Padre, en tus manos en-

comiendo mi espíritu, significa que hay en nosotros un espíritu que no muere con el cuerpo, que tenemos una vida ultraterrena, que aquí se queda el cuerpo para que vuelva á la tierra de que fué formado, que nuestro destino definitivo está en las manos de Dios, que Dios es nuestro Padre, y que nos pide un acto de voluntad, el de encomendarnos á El, de pedirle con humildad y contrición, esto es, con amor de hijos, que nos acoja en sus divinas manos. ¿No es este el compendio de nuestro credo? ¿No nos revela lo suficiente para que el terrible interrogante de la vida y de la muerte, sin perder su adorable misterio, se despoje sin embargo de su angustiosísima zozobra, de la acritud enjendradora de locura para el que piensa y de desesperación para el que siente?

¡Felices los que mueren encomendando á Dios su espíritu, como hizo Jesucristo! ¡Felices los que viven creyendo en Dios y en Jesucristo, y encomendando á Dios constantemente su espíritu!

Angel SALCEDO RUIZ.

Getsemaní

¡Huerto de las olivas, jardín ameno de ambiente perfumado por la plegaria que exhaló de sus labios el Nazareno, como exhala su aroma la pasionaria al abrir de su cáliz el casto seno!

A tu dulce retiro vuela mi mente con el sencillo vuelo de la paloma para gozar en calma tu grat ambiente, para escuchar de Cristo la voz oliente y aspirar de sus labios el suave aroma.

A través de las nubes la opaca luna melancólicas rayos de luz derrama: no murmura la fuente ni brisa alguna naturaleza toda calla oportuna escenas presagiando de triste drama.

Sobre la dura tierra puesto de hinojos, a la roca pegada su tersa frente, lágrimas derramando sus bellos ojos, con el pecho punzado por los abrojos del tedio y la tristeza que su alma siente,

sus temblorosos labios Jesús despliega, y en medio del martirio de su agonía, de encontrados afectos en la refriega, a su amoroso Padre ferviente ruega que aparte de sí el cáliz que allí le envía.

«Pero si tú lo quieres Padre bendito— dice el Hijo enmendando sus santas preces y ahogando de sus penas el hondo grito;— si tu gloria lo exige, Dios infinito, apuraré ese cáliz hasta las heces.»

La lumbre de sus ojos se debilita: allá dentro del pecho, de amor henchido, su corazón ardiente late y palpita; la palidez estufa su faz bendita y resuena en las auras tierno gemido.

Impulsada en las venas por fuerza extraña, de los poros del cuerpo la sangre brota; de su rostro el espejo cubre y empaña, tuñe sus vestiduras, y gota a gota destilando hasta el su lo la tierra baña.

Ardientes Serafines, que en triste anhelo contempláis de esa sangre las finas perlas, hacia el Huerto sagrado tended el vuelo. Descended presurosos á recogerlas y en cálices llevadas al alto cielo.

¡Oh de Jesús amante mortal tristeza, que en su pecho produce tedio y congoja! ¡Oh plegaria de suma sin par belleza! ¡Oh purísima sangre que el Huerto moja y hace brotar el lirio de la pureza!

¡Qué corazón no late, de amor rendido, si á Jesús en el Huerto contempla y mira? ¡Quién al verlo tan triste, tan afligido, con El no se entristece? ¡Quién no suspira y al dolor en su pecho no ofrece un nido?

¡Huerto de las olivas, recinto santo, que engalanan de Cristo ricas preseas. Yo anhelo con el suyo mezclar mi llanto, y en su mortal tristeza sentir quebranto! ¡Huerto de las olivas, bendito seas!

Ricardo ROCHEL, S. J.

LA CALLE DE LA AMARGURA

Atribulada, como el náufrago que lucha con las imponentes olas de un mar tempestuoso, y abatida al mismo tiempo, como la cándida azucena que, marchita, inclina poco á poco su corola hasta la tierra que ha de ser su sepultura, María, la pobre viuda del Carpintero de Nazareth, corre desolada á la calle de la Amargura.

El ángel de las tristezas cierne sus cenicientas alas sobre la bendita cabeza de la Madre de Jesús.

Palida, vestida de luto, vacilante su mirada y arrasados sus hermosos ojos por las abundantes lágrimas de la amargura, sale al encuentro del Hijo de su amor, que camina vacilante, en su camino al Calvario, bajo el peso de la Cruz. Jesús se acerca. En el semblante augusto del divino Nazareno se encuentra retratada la ignominia que sufre, las angustias que le afligen, los tormentos que padece.

Jesús se acerca..... y al encontrarse á su Madre bendita, la más afligida entonces entre todas las hijas de los hombres.....escena es ésta difícilísima de pintar, porque faltan para ello colores tréicos en la paleta del sentimiento.

Al encontrarse..... la Madre experimenta y siente en su alma toda la pena del Hijo y el Hijo siente y experimenta en la suya toda la pena de la Madre.

Entre tanto pasa Jesús y María no se detiene: El riega la calle con la sangre benditísima que corre por sus venas, y Ella riega también su rostro con las lágrimas amarguísimas que producen su aflicción.

Francisco de P. SANTOS MORENO. Cádiz 5-IV-1912.

«ELI, ELI, LAMA SABACTHANI.» ¡Dios Mío! ¡Dios Mío! ¿Por qué me has abandonado?

¿Cuando uno considera los esplendrosos abismos de este Misterio en toda su insondable profundidad y vé con los ojos de la inteligencia á JAHVEH en la Cruz! quejándose del DESAMPARO de JAHVEH! penetra con el alma en el centro del corazón del AMOR donde se consume el SACRIFICIO que le conserva sublime, y ascendiendo por la escala de luz de las verdades irreductibles fija los ojos de su contemplación inefable en esta definitiva verdad.

El Ser a se crea por amor al ser por participación; por amor permite su mal, que ordena, por amor, á su bien, en el SACRIFICIO en que se consume su amor que finalmente los une en la beatitud con que le DEIFICA.

Por eso en el seno de la Santísima Trinidad aparece el Hijo con la Cruz entre cuyos ensangrentados brazos se lee el Le-ma irreductible del AMOR expresado en el grito más Sublime del SACRIFICIO:

«ELI, ELI, LAMA SABACTHANI.» ¡Dios Mío! ¡Dios Mío! ¿Por qué me has abandonado?

Alejandro PIDAL.

«Sed tengo»

Acercábase la hora de nona, aquella en que todo había de faltarle á Jesús, incluso la claridad del cielo. En el collado patibulario de Judea, mirado hasta entonces con horror y que desde entonces, y más andando los tiempos, había de ser tenido por símbolo de salud, centro de vida, templo de paz que sobrevive y sobrevivirá á todas las ruinas y estará más alto que todas las eminencias, alzándose sobre peñas desoladas y huesos calcinados tres maderos infamantes. En uno de ellos, clavado de pies y de manos, agonizaba el Divino Redentor. La propia posición del Cuerpo del Altísimo colgando de la Cruz, explicarian naturalmente que aquella boca, y aquella garganta y pecho del Salvador, en su naturaleza humana, se sintieran abrazadas de sed; empero más que por la sed física, aquel cuerpo sacrosanto de la doble víctima, elegida por el odio del hombre y por el amor divino para salvarlo, se sintió abrasado, por la sed moral y entonces fué cuando en los labios del Nazareno floreció como una pasionaria, aquella palabra dolorosa como de un Dios que agoniza ¡SITIO! Tengo sed. Y la maldad humana no tuvo para mitigarla unas gotas de licor refrigerante y sí una esponja empapada de hiel!

Al cabo de los siglos, con la Iglesia que es la institución creada por Cristo, se repite esta tristísima escena del drama del Calvario. Ella que ha dado vista á los ciegos y oído á los sordos del alma, y hecho andar á los paralíticos y sacado de los hediondos sepulcros del error á tantos Lazáros; Ella que ha convertido en flor de caridad todas las espinas humanas y se ha dado y se da toda en su pensamiento y en su corazón, que es el pensamiento y corazón Divinos que la fundaran, al pueblo, es perseguida, maltratada, injuriada, calumniada, y cuando sube á la Cruz y dice como el maestro «Tengo sed,» sed de ser amada, la mano que impulsan la incredulidad y el odio acerca á sus labios abrazados la esponja empapada de hiel y vinagre....

Pero Ella no morirá y hasta la fin de los siglos continuará siendo el raudal de aguas vivas que discurre por el álveo de las centurias y generaciones fecundando las almas y engrandeciendo los pueblos...

Miguel PEÑAFLOR.

«Consumado es.»

Todas las cosas fueron hechas para El, todas serán redimidas por El.

La creación es la obra de la Omnipotencia; la redención, del amor.

El Dios-Hombre hácese responsable del pecado de la humanidad y sube al Calvario, cargado con la Cruz de nuestras culpas.

Es la Víctima universal, de todos y de todas las cosas; Víctima infinita como la necesitaba el mundo, como la exigía Dios.

Por eso convenia que padeciese y que sus dolores fuesen infinitos, más grandes que la extensión del pecado y más intensos que la maldad de la culpa.

Se obra el misterio del amor. Nadie habla; sólo se oyen los gemidos de la Víctima agonizante; gemidos que envuelven como oleadas de amor toda la humanidad, la creación entera; para ofrecerla al Padre, redimida y santificada en su sangre.

Consumatum est! Todo está concluido, todo perfeccionado; la maldad del pecado y la ingratitud humana, el dolor infinito y la redención universal.

Consumatum est! Aquí acaba el mundo antiguo del hombre, que vencido queda en la Cruz, y de aquí parte el nuevo de Dios, porque vivificado y redimido ha sido con sangre divina.

La humanidad pertenece á Cristo Redentor; las almas, todas las almas son sus vasallos.

El mundo es el reino de Cristo Restaurador universal; las instituciones y las costumbres, la vida de los pueblos y el progreso de la historia, todo, manifestaciones de su gracia...

Paso á la Iglesia Católica, cuya misión es completar y consumir, en los espacios y en el tiempo, la obra restauradora de Cristo!

Ella tiene, en sus labios el Evangelio; en su corazón el Sacrificio y en sus manos el Trono de Cristo, para en su nombre, enseñar, santificar y salvar á todas las gentes.

A despecho de la impiedad, á pesar de todos los obstáculos, la obra del Redentor se realiza y se consuma á través de los siglos; la Omnipotencia y el Amor la diri-

Jesús Nazareno

«Dió el Señor á su Hijo un nombre superior á todo nombre», escribió San Pablo.

Nombre célico que prende en las almas una emoción superior á toda emoción.

Nombre que es óleo saludable: «óleo que alumbraba cuando la caridad le enciende; óleo que nutre cuando el corazón le gusta; óleo que sana cuando la devoción le aplica...» como dijo San Bernardo.

Nombre que es emblema de caridad, porque es un nombre que es un poema de amor.

Si alguna vez hubiera quien tuviese el gallardo atrevimiento de asomarse a todos los idiomas y arrancar de ellos la palabra mas egregiamente grande que se haya modulada en garganta alguna, esa palabra sería el nombre de Jesús. Porque es el nombre de Dios, ostentando el más esplendoroso de sus atributos; es el nombre de un Dios, todo poder, toda magnificencia, toda sabiduría y que funde en crisol de amores tanta perfección para erigirse en *Salvador* de hombres, es el nombre de un Dios que trocó celestes derroteros luminosos por una letal calle de Amargura; es el nombre de un Dios que tomó sobre sí mismo las faltas todas de la humanidad concupiscente para lavarlas en caudaloso río de sangre y de abnegación; es el nombre de un Dios que gravó sus hombros con el fatal peso de una Cruz para aligerar á los hombres la carga de su desdicha; es el nombre de un Dios que, al arrancar del corazón humano, una á una, las espinas del sufrimiento, las tejió en guirnalda de dolores para diadamar su bella frente semítica, pura más que un ensueño de ángeles y hermosa como la más sublime maravilla del Eterno Creador.

Y si al nombre de Jesús pretendiésemos agregar otro nombre que fuese compendio de emoción, lo encontraríamos en la palabra Nazareno; palabra hecha con claridades de los Cielos, amasada con livideces de la Tierra; palabra, en que se funde el prodigio de un Dios-Hombre con el arcano misterioso de un Hombre-Dios.

«Jesús Nazareno! Para nombrarte, la luz se hizo palabra y, cuando te designa, la palabra se convierte en luz.

Luz de fé; luz de amor; luz de sacrificio. Fulgor triple que irradia tu cabeza nazarena como brillantes rayos espirituales de un inextinguible luminar; fulgor triple que se alza desde Nazaret hasta los Cielos como una divina ofrenda y que baja desde los Cielos al Calvario como una suprema bendición...

María del Mar TERRONES.

Cádiz, 5 de Abril 1912.

A MI MADRE DE LOS DOLORES

Dignaré mellandare te, Virgo sacra.

Virgen pura, dulcísima María, Madre de pecadores, y por lo tanto mía; meditando, Señora, tus dolores y tus penas sin fin considerando, este ramo de flores he venido formando, y, aunque yo no merezco que lo aceptes, rendido te lo ofrezco. He puesto en él, Señora, un pensamiento, una encendida rosa, una fragante y tímida violeta, un girasol, junto á un clavel sangriento, luego una pasionaria y temerosa de que se la perciba una mata de humilde *siempreviva*. Y agora, al dedicarte este ramo de flores que te he hecho, quiero ¡oh Madre! explicarte en lágrimas deshecho, de que modo tus penas simboliza y como mis afectos patentiza ese ramo de flores que he formado pensando en tus dolores.

I

Para expresar el bárbaro tormento que no te dejó un punto, Madre mía, desde que conociste de Simeón la tremenda profecía, he puesto en ese ramo un pensamiento, ya que el tuyo tuviste constantemente fijo en la pasión de tu Divino Hijo. Y en él y en ti vivir siempre pensando es mi amoroso intento hasta que vuele á ti, Madre, exhalando mi postrimer aliento.

II

La linda rosa de hojas purpurinas, prudente y recelosa se guarnece de espinas, de que sus gracias roben temerosa, como tú acongojada defendías ocultando afanosa en tu regazo al tiernísimo Infante cuando con El huías y poniendo, aterrada, de El delante la égida protectora de tu brazo. Y, como las espinas á la rosa, quiero que á mi alma las virtudes guarden y que perpetuamente la resguarden del ataque del mal, Madre piadosa.

III

Triste, febril, inquieta, desolada, y al fin entre agonias, buscaste por tres días á tu amante Jesús, y al fin lo hallaste oculto como tímida violeta, y perfumes vertiendo de sus labios,

que aspiraban extáticos los sabios. Haz, Madre, que yo sea como esa flor que apenas se presume donde crece, y que vierte su perfume sin que nadie la note ni la vea.

IV

Tanto ambicionar es que me resisto á pedirlo, más tú me das ejemplo y alientas mi ambición, pues te contemplo hecha, Señora, girasol de Cristo. Y como tú, venciendo tu tristura, le seguiste al Calvario por la calle sin fin de la Amargura, así, Madre, así quiero yo seguirle, y, si morir por El es necesario, que me otorgue este bien extraordinario hasta el último instante he de pedirle.

V

El dolor que sentiste á la par de Jesús cuando al tormento de la crucifixión, Madre, asististe, con aqueste clavel lo represento. Esto mi amor te pide los miembros de mi Dios viendo horadados: Clava en mi mente porque no le olvide que abrieron esas llagas, mis pecados.

VI

Al verte sollozando del Gólgota en la cumbre solitaria, los instrumentos de dolor quitando al más idolatrado de los seres, me parece que eres la Musa de las penas deshojando una maravillosa *pasionaria*. Deja, deja, mi Madre, que te ayude á quitar las espinas que desgarraron sienas tan divinas. Si en ellas, al pecar, punzarlas pude, ahora estará bien hecho, que mi vida pasada detestando, contrito se las vaya yo arrancando, y, una por una clave aquí en mi pecho.

VII

¿Qué importa que ese cuerpo inanimado oculto quede en la lejana cueva, si de Jesús amado siempre viva la imagen tu alma lleva? Y en la tremenda noche de aquel día, como ninguna triste, ¿no es verdad, desolada Madre mía, que ni un punto sentiste de tu mente la imagen apartarse del que por mí acababa de entregarse al suplicio, al dolor y á la agonía? ¡Madre! que siempre viva en mi memoria lo que por mí has sufrido y has llorado, que sepa yo apreciar lo que ha costado mi derecho á la gloria.

¡Oh Madre idolatrada! déjame que tus penas considere aspirando el perfume de estas flores que tan al nivo pinta tus dolores; deja, deja que espere ver arrasarse en lágrimas tus ojos y salpicar de celestial rocío el símbolo de amores que te envío Llorar ¡oh! llora á mares, pero no ya de penas, no de enojos, no de dolor, tormento, ni amargura; acábense, Señora, tus pesares y llora, sí, más llora de ternura viendo, que, si estas flores representan ¡oh Madre! tus dolores, símbolo son también de las virtudes que han de adornarme, si en mi auxilio acudes.

OMEGA.

JOSÉ DE ARIMATHEA

Era, dice el Santo Evangelio, hombre noble y rico, varón justo y bueno y discípulo de Jesús, aunque oculto hasta entonces, por temor de los judíos.

Poseía títulos, riquezas y, sobre todo, grandeza de espíritu y rectitud de corazón; las mejores cualidades, indispensables todas ellas, para pedir, en circunstancias tan críticas con osadía (*audacter*) y sin temor á la desgracia, el cadáver de Jesús, bajarlo de la Cruz y depositarlo en su sepulcro nuevo.

Imiten á este hombre y depongan su cobardía los nobles y los poderosos de nuestros tiempos que se titulan discípulos de Jesús, porque con sus títulos y blasones pueden arrebatar á Cristo y á su Iglesia de las garras de sus mortales enemigos. Triunfarán de los de arriba y de los de abajo poniendo coto á las ambiciones de los unos y á las iras de los otros y harán que den todos á Dios lo que es de Dios y al César lo que al César le pertenece. No teman á un Estado impio, nueva sinagoga infame, que persigue de muerte á Cristo en sus derechos y en los de su cuerpo místico, porque en el pecado lleva la penitencia del aniquilamiento y de destrucción vergonzosa; no teman á jueces inicuos que son demasiado cobardes para hacerles rostro. No teman á los nuevos escribas y fariseos que huyen desalados á llorar, impenitentes y rabiosos, el horrendo deicidio en el lugar del abandono y del olvido; no teman á los nuevos doctores de la ley porque su jurisprudencia es falsa y las leyes huyen de los desacreditados y mentirosos intérpretes; no teman en fin al populacho soez que por más corrompido que esté, pronto se gana con pan y catecismo.

Tomen por modelo á José de Arimathea los nobles y los ricos de nuestra edad y los de todos los tiempos y de este modo brillarán con los resplandores de su luz salvadora y vivificante la verdad y la justicia los principios y las máximas de Cristo y serán restauradas en El todas las cosas para el bien y prosperidad de los pueblos, de las sociedades, de las familias y de los individuos. Reine Cristo *eucaístico* y místico en el corazón de los poderosos y de los ricos, y reinará sin dificultad en él de todos los hombres.

Dr. Eugenio DOMAICA M. de DORÑO.

CAIFÁS

Aunque los Evangelistas claramente aseguran que era Pontífice el año de la muerte del Salvador, en la realidad, sin embargo, no era más que un instrumento de Anna ó Hannás, su suegro, que era quien en todo rigor de verdad ejercía el supremo pontificado. Esto se entenderá mejor haciendo un poco de historia. Como en los primeros años de su reinado se hubiera enamorado locamente Herodes de Marianna, hija de Boeto, no halló Herodes otra manera de honrar á su suegro, que haciéndole Sumo Sacerdote, sin reparar en que esto equivalía á una profanación y un sacrilegio, puesto que el sacerdocio, según la ley, hallábase vinculado á la familia de Aarón, á la que Boeto no pertenecía.

Como en el camino del mal toda la dificultad está en comenzar, no costó ya gran trabajo cometer una segunda profanación, después de consentida la primera, y así los Romanos, que no quisieron ser menos que Herodes, eligieron por rival de la familia de Boeto á otra que tampoco pertenecía á la de Aarón, como era la de Anna ó Hannás. Recibió éste, pues, el sacerdocio del legado Quirino el año séptimo de nuestra era y le conservó hasta el catorce en el advenimiento de Tiberio.

Aunque depuesto entonces, tuvo la suficiente habilidad para no permitir que el Sumo Sacerdocio pasara á otra familia y así, haciéndolo pasar sucesivamente á sus cinco hijos y á su yerno Caifás, pudo intentar aquel supremo poder en su familia casi por todo un lapso de cincuenta años. Y no hay que hacer más que leer á S. Juan (XVIII, 15-23) y á S. Lucas (III, 2) para hacerse cargo de que tanto sus hijos como su yerno no pasaron nunca de instrumentos suyos, en tal forma que no se pudieran nunca permitir el lujo de dictar la más leve disposición, que no fuera inspirada por él. Así se explica que los Evangelistas le llamen tantas veces Sumo Sacerdote, á pesar de que habían transcurrido casi cincuenta años desde su disposición. Está en cuanto á la realidad.

Qué en cuanto á la *significación histórica* de este personaje, que tan funesto papel desempeña en todo el proceso de Jesús, Caifás decretando la muerte del Cristo por envidia del entusiasmo que Jesús despertaba en las muchedumbres que corrían enamoradas tras él, representa á todos los que disfrutando altos puestos sociales, duérmense en ellos é impiden por añadidura, que trabajen otros de buena voluntad, por entender que la actividad de estos segundos es un elocuente acusador de su pereza.

Es la figura de Caifás la representación del sempiterno *ni hacer ni dejar hacer* de tanto zángano como sirve de impedimento en la colmena social.

Francisco J. PEIRÓ.

Su Excelencia Pilato

Cuando, puesta la chistera, se colocaba el rico abrigo de pieles, sintió que una mano se posaba, acariciadora, sobre su hombro. Era la mano fina, pálida, de su mujer.

—¿Al Congreso?—preguntó dulcemente la dama.

—Sí... hoy es el día de la victoria... La minoría luchadora está destruida. La sesión permanente la ha aniquilado. Hoy se vota el último artículo de la Ley...

—Ley de excepción...—se atrevió á replicarle su mujer.

El ministro la miró. En el fondo de las pupilas del prócer, titilaban destellos de amor.

—No me explícite—añadió la señora—como tú que eres bueno... cristiano... que practicas el catolicismo, hieres así á la Iglesia.

—No entiendes de esas cosas, hija mía, —le contestó con dulzera el ministro.— Son compromisos. La opinión pública lo exige.

—¿Qué opinión?... ¿la de la prensa liberal?...

—Sí... Grita, grita mucho contra el clericalismo, y hay que ceder ante sus amenazas.

—Pues yo no quiero que tú hagas eso. El ministro miró á su mujer y le vió los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué?

—Porque te quiero... Porque...

La dama vaciló.

—Vaya, dile todo... No temas enojarme, porque nada tuyo me puede molestar.

La señora rodeó con sus brazos el cuello de su marido y musitó:

—¿Tú crees en los sueños?...

—Buena tontería!

—A veces los sueños son avisos de Dios... y yo... he soñado...

—Pareces una niña asustadiza... ¿Qué has soñado?

—Vi á Cristo, flagelado, coronado de espinas, lleno de sangre y cardenales...

Cubría sus hombros manto de púrpura y en sus manos habían puesto una caña por cetro. En su rostro divino se pintaba el dolor y la tristeza. Hallábase en un ancho balcón. Abajo, la plebe ahullaba frenética:

«¡Quita, quita, crucifícale!»... Al lado de él estaba Pilato...

—Vamos, ya veo que has soñado con algo que leiste en algún libro piadoso.

—No... no... oye...

El cuerpo de la dama se estremeció como si una ráfaga de viento helado lo hubiese herido.

—Escucha... ¿Sabes á quien se parecía el Redentor?...

—¿A quién?

—Al Pontífice actual!... Y aquella plebe ahuyadora, armada la veía vo de pluma y papel, y aún entre ella distinguía rostros conocidos... y Pilato eras tú!...

La dama se cubrió el rostro con las manos. El ministro nada replicó, pero en su semblante se reflejaba la mala impresión

que le había causado el sueño de su mujer. Con movimiento nervioso tomó el bastón y se fué á la calle...

Cuando llegó al Congreso iba más sereno; sin embargo, al replicar al último orador que se oponía á la ley, tuvo una fresa, una, que dijo á pesar suyo...

—El pueblo lo exige. Hay que gobernar con la opinión pública. Otra cosa nos desacreditaría como ministros, destruiría todo nuestro programa. Y aunque yo, —y pase como hipótesis—en el fuero interno de mi conciencia no fuera partidario de la ley que se vota, bastaría que oyera los clamores de la opinión, para que la relectara y la apoyara, aun cuando luego me lavara las manos.

Resonó una voz que partía de los bancos de la oposición.

—¿Como Pilato!

El ministro se estremeció. Su rostro perdió el color; sus labios temblaron.

El Presidente del Congreso:

—Se va á proceder á la votación.

Varios diputados:

—Que sea nominal.

Se votó con lentitud... La ley fué aprobada por mayoría. Las tribunas aplaudieron, sobre todo la de la prensa. Los diputados felicitaron al Gobierno.

Cuando el ministro llegó á su casa se encerró en su despacho, sin haber entrado en las habitaciones de su mujer, como hacía siempre que regresaba á su domicilio.

Se sentó en su sillón. Pusó los codos en la mesa y la cara en las manos y, con la mirada perdida, como si mirara un «mas allá», murmuró:

—¿Como Pilato!... ¿Como Pilato!...

Recordó el ministro el sueño de su mujer y, lleno de horror, pensó si como á aquel gobernante venal, el día de mañana, la Historia, le marcaría á él también en la frente con el estigma del cobardía.

Miguel ALVAREZ CHAPE.

LONGINOS

El espíritu que animaba á Longinos al herir el costado del Hombre-Dios, en la sublime tragedia del Calvario, ha venido sucediéndose de generación en generación, de siglo en siglo, y veinte centurias después de muerto le vemos reproducirse y levantarse altivo entre nosotros, esgrimiendo punzante lanza y asestando á la Iglesia, terrible herida.

Pero la sangre brotada del Divino costado fecundizó la tierra, que se mostró pródiga en frutos de santidad y de martirio; la sangre que mana de las recientes heridas inferidas á la Iglesia por gobiernos jacobinos, fecundiza el campo del catolicismo haciendo brotar miles y miles de combatientes, que animados del mismo espíritu de sacrificio, sabrán defender su fé y darán á nuestra religión nuevos días de victoria.

Pasarán los años, vendrán nuevas generaciones, cambiarán las formas de los gobiernos, las naciones mudarán sus fronteras, y veremos siempre parte de la humanidad, amenazando herir á la Iglesia con terrible lanzada.

Triste herencia legada por Longinos, en el Calvario, á esta pobre Humanidad!

Buenaventura L. VIDAL.

GRATITUD

Ofrecemos á los favorecidos de EL CORREO DE CADIZ este número extraordinario que publicamos para honrar en estos días, en que se conmemora, la Pasión y Muerte de Aquel que por redimirnos murió en la Cruz y que al cabo de veinte siglos sigue sufriendo persecución constante de quienes conociéndolo se separan de El y de aquellos otros que por no querer conocerlo separan sus ojos, con indiferencia que aterra, de la vida de Nuestro Señor.

No podíamos, sin pecar de ingratos, publicar este número sin demostrar públicamente nuestro agradecimiento á los ilustres colaboradores que con solo una stípica nuestra nos han enviado los hermosos trabajos que ya nuestros lectores habrán leído.

En el nombre de Dios los pedimos, y para Su Mayor Gloria los solicitamos, que El le pague á todos la solicitud con que atendieron nuestra demanda.

A los dignos señores del Cabildo Catedral de Cádiz, al señor Presidente de la Academia de la lengua, al académico de la de Ciencias morales y políticas, á los ilustrados religiosos y á los demás poetas y literatos tanto de Cádiz como de otras poblaciones le damos las más rendidas gracias. Para el llorado poeta Omega (q. s. g. g.), de quien insertamos una poesía, tenemos un piadoso recuerdo.

Al felicitar á nuestros lectores por el número que le ofrecemos, y en el cual no hemos tenido otra participación que la de solicitar los trabajos y darlos á las cajas, agradecemos el constante y progresivo favor que nos vienen prestando y al cual procuramos y procuraremos corresponder continuamente.

Aparte las Siete Palabras, que han sido colocadas por su orden correlativo, en los demás trabajos no hemos dado preferencia á ningún escritor para podernos atener á la confección del número y que ésta resultase lo más delicada posible, en consonancia con el mérito de los trabajos que avaloran nuestra edición.

LA SOLEMNIDAD DE AYER

El día de ayer amaneció hermosísimo y los Divinos Oficios celebrados en los templos que habíamos anunciado estuvieron suntuosos y concurridísimos de fieles.

En la Basílica, donde con inusitado esplendor tienen lugar todos los actos de la liturgia católica, el concurso fué nutrido y con la suntuosidad tradicional.

En la Misa y consagración de los Santos Oleos, actuó de Pontífice el Excelentísimo Sr. Obispo, asistido de los dignidades, capitulares, beneficiados y demás personal eclesiástico que es necesario para dichos actos.

El Excmo. Ayuntamiento, justo es consignarlo para honor suyo y del pueblo que representa, formábanlo quince Sres. Concejales, el Sr. Alcalde, el Sr. Secretario y el Sr. Maestro de Ceremonias, recibiendo todos á Su Divina Majestad Sacramentado, dando ostensible prueba de religiosidad y piedad.

Es el año que más ediles han concurrido á la Basílica, siendo éstos los Sres. Alcalde D. Ramón Rivas, García Bourlié, Guillot, Gallego, Estévez, Fuente (D. I.), Pineda, Clotet, Matute, La Rosa, Casal, Urrutia, Fernández Copello, Lacave, Martínez de Pinillos (don J.), Pró y Leal, estos últimos, Secretario y Maestro de ceremonias, como hemos dicho.

Reciban todos nuestra felicitación, por el buen ejemplo que han dado.

También conculgó el Excmo. Cabildo eclesiástico, señores Beneficiados, el Seminario, cantores y todo el personal de la Basílica, mas los auxiliares de la Consagración de los Oleos.

A todos obsequió el Sr. Obispo con un chocolate, bollos y vinos.

Terminados los Oficios, se rezaron Vísperas y se desnudaron los altares.

A las cuatro fué la ceremonia del *Mandato*, que verificó el Prelado, habiendo predicado sobre la virtud de la humildad, el Doctoral Sr. Domaica.

A las cinco y cuarto comenzó el coro, cantándose las *Lamentaciones*, de Es lava, y después de las siete el gran «Miserere» de Palacios, á gran orquesta.

A las ocho predicó de la Pasión, el Penitenciario Sr. García Deulofeu.

La visita de fieles á los templos fué constante, habiendo quedado abierta la Catedral, toda la noche y orando ante Su Divina Majestad dos Sres. Capitulares cada hora y dos esclavos del Santísimo.

El exorno de los monumentos ha sido esplendoroso y llamando la atención de propios y extraños.

La comida en el palacio episcopal á los «Apóstoles» fué servida por el Prelado, sus familiares y algunos canónigos.

En el Ayuntamiento, y según costumbre anual, el Sr. Alcalde obsequió á los señores concejales, secretario y mayordomo, con una comida de vigilia servida por la Cervecería Inglesa.

LAS PROCESIONES

Es, sin duda, el año actual uno de los que con mejor orden, más lujo y exquisito gusto han salido á las calles y han hecho estación en la Santa Iglesia Catedral las distintas cofradías cuya salida hemos ido anunciando oportunamente.

Las de anoche fueron presenciadas por un numeroso público que llenaba todas las calles de los distintos itinerarios.

Con antelación habíamos descrito los pasos de ambas cofradías y todo cuanto repitiéramos acerca de ello sería pálido ante el hermoso golpe de vista que ofrecían todos ellos, pero de un modo especial el de Nuestro Señor de la Buena Muerte y el Nazareno.

Este último llegó á Santa María poco antes de la una de la madrugada, siendo muchas las personas que fueron hasta aquel barrio para ver el paso de la procesión por aquellas calles.

Cuando la de la Buena Muerte entró en la Catedral se originó una justificada alarma por haberse inflamado el depósito de acetileno del paso del Titular, siendo milagroso que no ocurriera alguna desgracia.

El pequeño fuego pudo apagarse sin sufrir desperfectos las andas ni mucho menos la hermosa escultura de Montañés que por un momento estuvo en peligro, pues las llamas eran muchas y había materia propicia al fuego.

Como antes decimos, las calles todas se vieron muy animadas, costando gran trabajo transitar por algunas de ellas; tal fué la cantidad de personas que presenciaron el paso de las Cofradías.

Los Mayordomos de las dos citadas recibieron muchas enhorabuena por el orden y lujo con que fueron organizadas.

E. J.

